

# PRESENTACIÓN

---

**María Teresa García Schlegel**

**Doctora en Antropología, Coeditora de la Revista *Corpo-grafías***

**Profesora asociada de la Facultad de Artes ASAB de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas**

Hoy, 7 de junio del 2020, hace 76 días se declaró la cuarentena en Colombia ante la amenaza del COVID-19, unos días antes en Bogotá y más adelante en todo el país, luego de que sucediera lo mismo en China, Italia, España, Europa... El presidente de Estados Unidos la negó, el de Brasil también... el mundo entero tiembla ante el mañana en medio del asombro, la desesperanza y la desorientación. Esta editorial recoge la imagen, cada vez más recurrente en Bogotá, de las viviendas marcadas por el trapo rojo que se exhibe en ventanas y puertas donde habitan personas, quienes acosadas por el hambre y cercadas por la cuarentena, piden auxilio a autoridades y vecinos. En un equilibrio incierto, el ejercicio de la biopolítica local busca mediar la balanza entre la salud y el hambre, intentando dosificar la cuarentena en uno de los países más desiguales del mundo.

Si hay un sector que ha resultado particularmente vulnerable ante la pandemia y su devastadora estela es precisamente el de los creadores; artistas y gestores culturales que aspiran a vivir de su oficio. La pandemia ha dejado al descubierto la insostenible falacia del “emprendedor” y el discurso del emprendimiento como fórmula eficaz para crear escenarios económicos sostenibles para el sector. Ya Martha Bustos en su artículo editorial, llena de ruido esas fórmulas mágicas de las “economías creativas” o la “industria naranja”. La pandemia astilló el espejismo del éxito personal y ascenso social individual que hay detrás del emprendedor autoempleado, gestor suficiente y omnipotente de la vasta red de relaciones y reconocimientos que le darán de comer.

Más allá del interés por el éxito personal y empresarial, por efecto de la pandemia, se han puesto en cuarentena para cada uno de nosotros los vínculos más inmediatos con nuestros estudiantes, colegas, amigos, vecinos y los modos en que expresamos dichos vínculos. La virtualidad es la membrana que atraviesa todos nuestros vínculos ¿los refracta? Entonces cobra aún mayor relevancia el término corporeidades y su llamado a atender a la textura de nuestras relaciones. La *Revista Corpo-grafías* ha recogido número tras número las voces de investigadores-creadores que con sus contribuciones (imágenes, palabras, textos, olores, sabores, colores, movimientos, etc.) develan la potencia nutricia de tales relaciones, y cómo ellas se ven constantemente vulneradas, cuando no amenazadas, por prácticas persistentes de desigualdad e injusticia.

La pandemia nos lanza un llamado urgente e implacable a atender a la calidad y las lógicas de estas interrelaciones e intersensibilidades que parecieran relegadas hoy al pasado, en momentos en que nuestro escenario de vínculo cierto es una comunidad imaginada en la web, global, nacional, regional y local. Aquellas generaciones que nos dábamos el lujo de conservar una pretendida y hoy claramente pretenciosa distancia con la virtualidad, hemos sido asaltados por el imperioso llamado a entregarnos a la humanidad del cibernauta. Casi que nuestra única sociabilidad posible y viable transita por la web, artificio que, quiérase o no, marida hoy nuestras vidas. Desde entonces, lo privado empezó a mezclarse con lo público. La Universidad Distrital, institución para la que trabajo, transita a través de mi computadora y mi banda ancha, en el seno de mi vida familiar. Se enrareció la línea de sombra que separa la tras escena de la escena. Hoy, la vida personal, y si se quiere privada, engendra y acuna la labor y la vida pública. Con ello desapareció para mí, y creo que, para muchos, esa formidable victoria íntima del bailarín o el actor que se sabe distinto, al atravesar la línea de sombra que define el umbral del escenario y que lo arroja al espectáculo. Por efecto de la pandemia, probablemente esta revista sea leída así, en un vaivén entre la vida personal (desnuda ante la pantalla del computador con sus afectos, oficios y retos), el trabajo y el espacio público en un maridaje insólito.

Invitamos a nuestros lectores a recorrer este número de *Corpo-grafías* reconociendo la potencia de la creación y su relación profunda con los modos de relación social y productiva. A rastrear en los artículos esas intersensibilidades que hoy en día solo son posibles gracias a la mediación por la interfaz de la web. A nuestros lectores, a re-sentir y calibrar este maridaje insólito para poder atender al reto de seguir fortaleciendo las redes de investigadores-creadores sobre el cuerpo, las corporeidades en las culturas, el giro corporal, que indaguen y le propongan a la vida formas co-laborativas desde la vida misma y en la perplejidad del presente.

Este volumen abre con el artículo editorial de la investigadora Marta Bustos, quien nos lleva en un recorrido por la noción de artista y sus desplazamientos a lo largo de la historia, en estrecha relación con las formas de organización social y productiva. Pasamos del eje del artesano al del genio creador, para luego desembocar en el emprendedor y los cambios que ello conlleva en la formación, producción, circulación, valorización del arte y la cultura. Atisbamos en su escrito la ruta que han trazado las políticas culturales en las ciudades, ligadas al turismo como escenario creativo y productivo, y con ello, los cambios profundos en el dossier de los artistas; así mismo, el paso del artesano adscrito al taller de un afamado creador por su experticia, hasta las hojas de vida que acumulan constancias de participación en las redes contemporáneas que le dan sentido y valor a la obra artística.

Y más allá de este panorama que historiza y complejiza la concepción del artista y nos alerta sobre la necesidad de atender al contexto cambiante donde se fragua el sentido y valor de la obra y del artista, está el panorama amplio de autores que en esta revista nos lleva a reconocer las prácticas estéticas como prácticas sociales y productivas. Cada artículo busca clarear y dar sentido a aquello que nos prenda y anuda en la vida cotidiana que, si bien, no necesariamente es bello y bueno, es matricial a la vida misma como lo afirma Katia Mandoki (2006). En todos reverbera el concepto de afecto, en el sentido de afectar, incidir, participar para franquear y clarear, aquello que permanece en la penumbra si no en la sombra.

Dos artículos nos ponen al tanto de los retos de lograr sintonías entre la gestión de políticas públicas y las necesidades sociales a partir del eje corporal: Mónica Cecilia Suárez propone el cuerpo como pivote para articular la gestión del conocimiento, la producción investigativa académica y las necesidades de las comunidades. Ivonne Paola Mendoza reivindica el “giro corporal” como el entramado que subyace a los antecedentes, principios y reivindicaciones del Modelo de Gestión Cultural Territorial en Bogotá; ya no en el terreno de la vida social, mas sí en su traslape al arte, específicamente a la narrativa fílmica. Francisco Hernández Galván reclama una política que mantenga como nudo de análisis la piel como objeto sensible. Monique Martínez y Ana Milena Velásquez reflexionan sobre la relación arte-vida a partir de una praxis, analizando desde el concepto de dispositivo, la intervención del *clown* en los espacios territoriales de reincorporación capacitación de las FARC en Colombia. En ese mismo escenario de compromiso con las comunidades, María Camila Assad Marín, Mónica Cecilia Suárez Arteaga y María Cristina Tamayo Castaño presentan en su artículo al grupo GEA del cual son integrantes. Entramado de una red que va más allá del cuerpo y el territorio al transitar de lo físico (contexto local) a lo virtual *networking* (nacional e internacional). El grupo hace de la creación y la sororidad entre mujeres el pilar para gestionar y co-crear la realidad que habitamos.

En vía de translocar esta realidad, en donde la creación es asumida como ejercicio de reexistencia, llegamos a la investigación de Alline Vallim, quien otorga a la danza el lugar de práctica translocada y fronteriza, ante los discursos vinculados al poder colonial que impone estándares para ser, hacer y sentir esta práctica, especialmente en la condición de mujer latinoamericana.

Lorena Cortés Durán y Ana María Camargo revelan la materialidad de la práctica artística como método de indagación de las corporeidades. La primera propone la línea y el dibujo como método de investigación propicio para develar en las viviendas de autoconstrucción, las caras y los sueños de muchos migrantes en su ardua lucha por hacerse a un hogar en la hostil Bogotá. La arquitectura popular como expresión de sus gentes y redes comunitarias se ve sistemáticamente amenazada por el modelo del conjunto cerrado, higiénico y ordenado como expresión del progreso y la modernidad. La segunda, Ana María Camargo, con su expedición etnográfica creativa, busca develar el palpito de la vida campesina sobreviviente a las presiones urbanísticas de la modernidad bogotana que se expresan en los encuentros de obreros en la tarde del sábado, en la tienda de barrio. Al rastrear la corporeidad en la revisión documental, José Manuel Álvarez nos hace un recorrido por la textura de los estereotipos de género que se han desplegado en la danza de salón en Argentina; mientras que, en Sandra Suárez, el documento corpóreo es su propia experiencia. La investigadora nos presenta un avance de su investigación en torno a la *performance*, con una genealogía sobre cómo surgió en su vida esta práctica a partir del movimiento y cómo esta se convirtió en una ruta para resistir y re-existir, en su condición de infante vulnerable; noción que actualmente indaga y que pretende estudiar con la población migrante de la escuela que administra y en la que ha consolidado un grupo de *performance* con una trayectoria de varios años. Todo esto con el fin de crear rutas para institucionalizar esta práctica como propuesta pedagógica para habitar la escuela.

Por su parte, Celeste Palavecino junto con Eduardo Galak, revisan la traducción en Occidente de la tradición del Yoga Ashtanga, sus visiones y corporalidades específicas. En la ruta de la creación-investigación, Jasmina Jovanovic, a partir de los diálogos con el filósofo Jean-Luc Nancy, con ocasión de su producción poética, despliega nuevos escenarios creativos que logran reavivar la corporeidad de los ausentes, encarnados en sus poemas. También desde la investigación-creación, Edilberto Hernández, Teresita Álvarez y Margarita Zapata se dieron a la tarea de experimentar con la vitalidad de la alimentación, e indagar su imagen sensorial y sensible.

Alberto Romero nos presenta unas reflexiones sobre cómo ha sido el proyecto de conocimiento del mundo en torno al cuerpo, un conocimiento occidental, moderno, que hoy se pregunta cuál es su lugar ante las emergencias bioéticas y biopolíticas en la consideración de lo vivo.

Por otro lado, el dibujo le ofrece la oportunidad a Juliana Andrea Estrada Zapata para reflexionar en su artículo sobre su visión de la relación entre cuerpo y cosmos.

Por último, Sonia Castillo traza rutas de una genealogía sobre la práctica performativa en Colombia, desde su experiencia personal y docente en torno a procesos de creación, investigación y formación en *performance*, en las que destaca el conocimiento situado y las presencias femeninas en el campo de la intersensibilidades sociales.

Todos estos artículos revelan la potencia de las prácticas artísticas y estéticas en su labor de hacer “agricultura de la vida”, como lo nombra recurrentemente la maestra Sonia Castillo Ballén; una labor, hoy en día, más urgente que nunca, en una época en la que atravesamos atemorizados y a ciegas el umbral que nos reclama una nueva condición existencial.